

PREDRAG MATVEJEVIĆ

NUESTRO PAN
DE CADA DÍA

TRADUCCIÓN DEL CROATA
DE LUISA FERNANDA GARRIDO
Y TIHOMIR PIŠTELEK

BARCELONA 2013



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Krub naš*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2008 by Predrag Matvejević
© de la traducción, 2013 by Luisa Fernanda Garrido Ramos
y Tihomir Pištelek
© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

La publicación de esta obra ha recibido una ayuda
del Ministerio de Cultura de la República de Croacia

En la cubierta, fragmento de *Still Life of Bread,
Butter and Cheese* (c. 1754), de George Smith

ISBN: 978-84-15689-57-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 6984-2013

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2013*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan ríguosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

EL PAN Y EL CUERPO

Nació entre cenizas, sobre piedra. El pan es más antiguo que la escritura. Sus primeros nombres están grabados en tablillas de arcilla en lenguas extintas. Parte de su pasado ha quedado entre ruinas. Su historia está repartida entre países y pueblos.

La leyenda del pan se sustenta tanto en el pasado como en la historia. Procura seguirlos sin identificarse ni con el primero ni con la segunda.

El ladrillo fue tal vez el modelo para aquel que coció la primera hogaza. La arcilla y la masa se encontraron en el fuego una al lado de la otra, más allá de la memoria, mucho antes de las leyendas. La relación del pan con el cuerpo humano se estableció desde el principio.

Dónde y cuándo creció la primera espiga seguirá siendo un misterio, quizá para siempre. Su presencia atraía las miradas y despertaba la curiosidad. La disposición de los granos—su orden en la espiga—ofrecía un ejemplo de armonía, de medida y, tal vez, de igualdad. Las especies de cereal y las cualidades de cada una reflejaban la diferencia, la virtud y probablemente la jerarquía.

Los cereales crecían en diferentes continentes. Prosperaban en tiempos remotos en las llanuras del Creciente Fértil. Sobre el Tigris brillaba una estrella llamada Anunit; sobre el Éufrates, «la estrella de la Golondrina», se creía que su brillo contribuía a la fertilidad de Mesopotamia. El tri-

go surgió en el Cuerno de África, entre el Gran Mar y el mar de las Cañas, a poca distancia de Aksum, Asmara, Adis Abeba. En las mesetas de Etiopía y Eritrea acaba el desierto, el clima es más templado, la tierra más húmeda. Cerca nace el Nilo Azul, desciende al cauce que comparte con la otra corriente, la «blanca», del prodigioso río. Son tierras muy soleadas.

«El pan es el fruto de la tierra, pero bendecido por la luz»: son las palabras del poeta.

Desde Oriente Próximo los cereales se trasladaron quizá primero a Egipto. Viajaron también por otras rutas. Semillas carbonizadas se encontraron asimismo en las regiones occidentales del desierto africano, en hogares que tienen más de ocho mil años; antaño, también allí alguien sembraba y cosechaba. Las tribus del desierto se acercaban al Nilo procurando permanecer en sus orillas. Llegaban del Sahara, que se parecía en tiempos pasados a la sabana surcada por riachuelos, en los que los nómadas apagaban su sed, y los camellos y las gacelas abrevaban.

Los beduinos paraban en los oasis y continuaban su camino. También ellos son más antiguos que la historia.

El origen del pan se relaciona con la transformación del nómada en sedentario, del cazador en pastor, de unos y otros en labradores. Algunos se trasladaban de cazadero en cazadero y de pasto en pasto; otros, sin embargo, roturaban y araban prados. Caín se enfrentó a Abel. El nomadismo se sentía más atraído por la aventura, el sedentarismo exigía más paciencia. En las pinturas descubiertas en las cuevas donde se refugiaban los nómadas prevalecen líneas largas y entrecortadas, que surgen de algún punto y llevan a otro, de lo desconocido a lo conocido. Por otra parte, las pintu-

ras de los agricultores tienden más a un espacio redondeado y vallado, en el que se reconocen el centro y el refugio.

Las siembras y cosechas dividieron el tiempo en estaciones, el año en meses, en semanas, en días. Los caminos acercaron las distancias. Las cabañas se alzaron en los valles, los palafitos en los ríos. Los surcos cambiaron el aspecto del campo. Las espigas cubrieron los sembrados.

El paisaje cambiaba de una generación a otra.

La epopeya de Gilgamesh, en escritura cuneiforme, menciona el pan que probó el héroe Enkidú, hábil cazador y acostumbrado a la carne de caza: «El parido por la montaña con las gacelas tascaba la hierba [...]. Sólo leche de animales solía él mamar. Pusieron pan frente a él. Él lo veía extrañado. Lo examinaba. Porque no sabía Enkidú de pan para comer». Largo fue el camino del grano crudo al cocido, de lo crudo a lo horneado. El hombre que empezó a cocer pan era distinto de sus antepasados.

Se hallaba en el umbral de la historia.

El agricultor contemplaba la tierra arada esperando el fruto. Contemplaba el cielo temiendo por su siembra. Tanto la tierra como el cielo eran un enigma para él. Surgían y se extendían diferentes ideas y creencias.

«El pan pertenece a la mitología»: son las palabras de Hipócrates.

La necesidad dividió el trabajo. Al varón le tocó el labrantío, a la mujer la huerta. Eva recogió en el jardín del Edén la manzana fatídica y se la ofreció a Adán. Recibieron el castigo divino: tendrían que comer el pan «con el sudor de su frente». Él sembraba y cosechaba, ella amasaba y horneaba. «Las mujeres, mientras tanto, amasaban mucha harina blanca para la cena de los jornaleros»: está escrito

en la *Iliada*. El autor de la antigua epopeya destaca en la *Odisea* la diferencia entre los que comen pan y los que comen loto, los lotófagos, bárbaros que ni siquiera saben hablar como es debido.

Unos salaban su comida, otros no. El cíclope Polifemo no conocía el pan ni la sal.

Según el Antiguo Testamento, Gedeón venció a los madianitas inducido por el sueño con pan de cebada que tuvo un soldado: «y con una medida de harina hizo panes sin levadura» y los hizo rodar hacia el campamento enemigo. Pausanias transmitió a la posteridad la leyenda sobre el agricultor que contribuyó a la victoria en la batalla de Maratón, a medio camino entre Atenas y Caristo: «Sucedió, según dicen, que en la batalla se presentó un hombre de apariencia y equipo de campesino», arremetió contra los poderosos persas, blandiendo el arado, doblándose por la cintura cual segador. Nadie sabía quién era ni de dónde venía, ni siquiera el oráculo de Delfos, que en vez de una respuesta pronunció un mensaje sibilino ordenándoles «honrar al héroe Equetlo», nombre que significa ‘la manera del arado’.

Según el testimonio de Pausanias, hay también «un trofeo de mármol blanco».

Herodoto se sirvió de la imagen de la espiga y del trigo al relatar cómo Periandro, tirano de Corinto, había enviado un mensajero a Trasíbulo de Mileto para que éste le enseñara cómo gobernar mejor y de forma más segura: «Era empero de notar que no paraba entretanto Trasíbulo de descabezar las espigas que entre las demás veía sobresalir, arrojándolas de sí luego de cortadas». Periandro comprendió el consejo y mató a los ciudadanos más sobresalientes

de Corinto. Según el libro del Génesis, el faraón y sus súbditos también soñaban con pan y espigas: «He soñado que llevaba tres canastillos de pastas» igual que «siete espigas granadas y hermosas» que fueron comidas por siete espigas raquílicas y agostadas por el viento solano. José recordó al gobernante que después de la abundancia viene el hambre. Le recomendó construir graneros enormes, para que hubiera pan también en los años infecundos.

Las espigas y el pan se trasladan de la realidad al sueño y del sueño a la realidad. Encuentran su lugar tanto en la mente como en el cuerpo.

El profeta Isaías predecía una época en la que pueblos numerosos «convertirán sus espadas en arados, sus lanzas en podaderas». El cielo no escuchó sus profecías. La tierra las desoyó. La fe no logró desarmar al guerrero. Los poderosos le brindaron un apoyo mayor que al agricultor.

El pan, a pesar de todo, formará parte del destino humano.

Los parásitos han amenazado desde siempre el trigo y la harina, el pan y el cuerpo humano que se alimenta de él. Sus nombres se convirtieron en signos de desgracia, fracaso, maldición. La neguilla, la cizaña y las malas hierbas se mencionan en los libros sagrados, igual que el moho, el tizón, que también se denomina «carboncillo» o «negrillo». Las orugas y las cucarachas ensuciaban la cosecha, los roedores infectaban los graneros. De algunas plagas ni siquiera conocemos los nombres. Las hormigas no están entre ellas. Tal vez le enseñaron al hombre cómo se pueden recolectar y guardar los granos para los días venideros. Los naturalistas de los siglos pasados, entre ellos el joven Darwin, les rindieron homenaje. A las hormigas les debemos cier-

tas enseñanzas, comparaciones, metáforas: los labradores, para subsistir, fueron «diligentes como hormigas»; se reunían en el campo y en la era «como hormigas»; una persona buena «no mataría ni a una hormiga».

La hormiga lleva encima una carga más pesada que ella misma.

La separación de las espigas de la neguilla y de la cizaña, la de los granos del rastrojo y de la paja, la de la harina de los residuos y del salvado, separar la pureza de la impureza, son procedimientos que existen desde hace mucho tiempo, se renuevan, se perfeccionan. Quedan huellas y tradiciones que dan fe de ello. Los restos de trigo y pan se han conservado en tumbas junto a sarcófagos y urnas, en pirámides, en lugares donde se despide uno de la vida con la esperanza de una vida eterna.

«El universo comienza con el pan»: son palabras de Pitágoras, que Diógenes Laercio transmitió a la posteridad.

El pan es un producto de la naturaleza y de la cultura. Fue condición de paz y causa de guerra, prenda de esperanza y motivo de desesperación. Las religiones lo bendecían. La gente juraba en su nombre. Desdichados son los países en los que no hay pan suficiente para todos. Pero tampoco son felices los que sólo tienen pan.

Durante siglos se ha repetido «No sólo de pan vive el hombre».

Los conocimientos sobre el trigo y el pan se transmitían de generación en generación. Los ancestros dejaban en herencia a sus descendientes unas herramientas y utensilios, semejantes por su aspecto o similares en su aplicación. La artesa en la que se amasa el pan se parece a la cuna en la que mecemos al recién nacido, a la cama en la que nos acostamos.

mos, al ataúd en el que depositamos el cuerpo después de muerto, al barco en el que se cruza de una a otra orilla. También son afines el tamiz y la criba, el colador y la red. En el ojo humano está la retina que selecciona y transmite la luz y la imagen.

Los períodos por los que pasaban los útiles y herramientas eran largos e inciertos: desde el pedernal y el fuego hasta el hogar y el horno; desde los cuchillos de sílex hasta los de forja; desde la cornamenta de ciervo, con la que quizá por primera vez se roturó un erial, hasta la azada y el verdadero arado; desde el mortero y la muela que tal vez tuvieron por modelo la mandíbula, hasta la piedra de molino impulsada por el agua o el viento, reos y burros. Esas herramientas, cada una de acuerdo con su naturaleza y su propósito, marcaron el pasado y la historia del pan. Junto a ellas figuran las ánforas, los sacos, las cestas y los canastos en los que se transportaban sobre hombros o ruedas el trigo y la harina. En el horno de piedra o con las paredes recubiertas de ladrillo, la masa recibía su forma definitiva. Se convertía en pan, que se servía en la mesa, se ofrecía en el banquete, se bendecía en el altar, se mendigaba en la calle, se robaba en el camino.

La canción, la oración, el lamento suelen escoltarlo.

El destino del pan a menudo es diferente de la historia que lo acompaña, del pasado que lo ha parido. El crecimiento y el desarrollo no marchan siempre de acuerdo. En muchos lugares quedan huellas que lo confirman. A menudo están dispersas o son indescifrables. La narración intenta recopilarlas y darles forma. Los recuerdos del pan se conservan mejor que el pan mismo.

El cuerpo del pan es mortal.